



Memory and history in the Mexican Revolution: May 13th 1911

Abstract

Due to the presumption of its authority, historians have privileged the witness as a reliable source in the elaboration of collective memory. However, as noted in this article about an event that occurred during the Mexican Revolution, the witness' memory can be distorted by subsequent events, due to the fact that final versions are generally social elaborations.

Key words: Revolution, Witness, Ciudad Juárez.

Resumen

Por la presunción de autoridad, los historiadores privilegian al testigo como fuente confiable para la elaboración de la memoria colectiva. Sin embargo, como se advierte en este artículo acerca de un suceso acaecido durante la Revolución Mexicana, la memoria del testigo puede ser distorsionada por sucesos ocurridos con posterioridad al evento referido, debido a que las versiones finales son elaboraciones generalmente sociales.

Palabras clave: Revolución, Testigo, Ciudad Juárez.



Memoria e historia en la Revolución Mexicana: 13 de mayo de 1911

Pedro V. Siller Vázquez¹

¹ Doctorado en Historia por la Universidad Autónoma de Morelos. Actualmente Profesor-Investigador en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez adscrito al Departamento de Humanidades.
Correo de contacto: psiller@uacj.mx

La memoria humana es instrumento maravilloso pero falaz (...) Los recuerdos que en nosotros yacen no están grabados sobre piedra; no sólo tienden a borrarse con los años sino que, con frecuencia, se modifican o incluso aumentan literalmente, incorporando facetas extrañas (...). Esa escasa fiabilidad de nuestros recuerdos se explicará de modo satisfactorio sólo cuando sepamos en qué lenguaje, con qué alfabeto están escritos, sobre qué materia, con qué pluma: hoy por hoy es una meta de la que estamos lejos.

Primo Levi, Los hundidos y los salvados

Introducción

La historiografía mexicana y en particular la de la Revolución de 1910, fue pródiga en cuanto a la publicación de autobiografías, memorias y relatos en los que se exaltaba el carácter de testigos de los autores. Esto les dio un aire de autoridad que pocas veces fue cuestionado y sus textos dejaron de ser relatos individuales para convertirse en memorias colectivas, es decir, en parte de la Historia Nacional (así, con mayúsculas). Son pocos los hechos de los que podemos contar con diferentes testigos para confrontarlos y afortunadamente encontramos uno de ellos para reflexionar acerca del papel del testigo en la historia.

La visión del testigo ha sido siempre crucial cuando se trata de reconstruir los hechos. En su *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, Bernal Díaz del Castillo se esfuerza por el reconocimiento de verosimilitud de su relato. Para él, como dice:

A fuerza de carecer de elocuencia y retórica su valor reside en lo que yo vi y me hallé en ello peleando, como buen testigo de vista, yo lo escribiré con la ayuda de Dios, muy llanamente, sin torcer a una parte ni a otra. Porque soy viejo de más de ochenta y cuatro años y he perdido la vista y el oír, y, por ventura, no tengo otra riqueza que dejar a hijos y descendientes a salvo esta mi verdadera relación.

El testigo se considera a sí mismo como el sobreviviente que narra el suceso y por tanto también el portador de la memoria. Pero un acercamiento al tema nos permite darnos cuenta de que la visión del testigo no es una experiencia individual, sino colectiva, en palabras de Maurice Halbwachs (2004): “Se puede decir que el individuo recuerda cuando está inmerso en el punto de vista del grupo, y que la memoria del grupo se realiza y se manifiesta en las memorias individuales” y cómo a partir de la escritura de estos aparentes recuerdos individuales se escriben versiones que se convierten en fuentes para los historiadores, en memorias colectivas (Florescano, 2003: 392).

Tomemos en consideración lo sucedido el 13 de mayo de 1911, apenas dos días después de que Ciudad Juárez cayó a manos de los revolucionarios maderistas y con ello se abrieran las puertas a la salida de Porfirio Díaz. Entonces sucedió un hecho muy interesante para entender el posterior desarrollo de la Revolución Mexicana: la primera rebelión de las tropas revolucionarias, encabezada por Orozco y Villa, contra su líder: Francisco Ignacio Madero y que prefiguró muchos de los sucesos posteriores, tales como la rebelión de Pascual Orozco en marzo de 1912; el odio personal entre Orozco y Francisco Villa que inclinó a pelear contra Orozco aliándose a Victoriano Huerta; la lealtad de Villa -a pesar de su encarcelamiento, hacia Madero y la eterna desconfianza de Venustiano Carranza hacia Villa.

Los relatos de lo que sucedió ese día varían significativamente de un testigo a otro, lo que queremos hacer notar aquí es cómo los sucesos posteriores, sobre todo la victoria o derrota de los diferentes grupos, influyeron en la manera en la que cada uno de ellos recordó la escena.

Para hablar de los principales protagonistas, Villa y Orozco se habían conocido desde los primeros días de la revolución y su encuentro no fue agradable. Orozco era un propietario de mulas – de conducta o transporte de minerales, poseía una mina y una pequeña propiedad. Villa era solamente un individuo con una mala fama. Una de las anécdotas es que por esos primeros días llegó un fotógrafo al campamento revolucionario y Orozco veía a Villa –a quien Madero le dio el grado de Mayor- con hostilidad, pues para él no era más que un bandido que podía traerles descrédito y conflictos. Lo primero que hizo fue adver-

tirle que el hecho de sumarse a las fuerzas revolucionarias no le serviría de escudo para cometer tropelías, y se negó a que los fotografiaran juntos, como señal de que no quería que se le relacionara con él, lo que provocó un arrebato de furia en Villa.¹

A partir de entonces hubo varios momentos tensos entre ellos -como cuando Madero le pidió a Villa que desarmara a algunos soldados que insistían en identificarse como miembros del Partido Liberal de Flores Magón-, y otros más. Pero en los días previos a la batalla de Ciudad Juárez, los rencores parecieron olvidarse y actuaron conjuntamente para obligar a Madero a aceptar el combate por la ciudad.

El diez de mayo la ciudad cayó en sus manos, pero entre la multitud abundan las vivas a Orozco y casi nadie vitoreaba a Madero. La crisis se acercaba. El once de mayo el presidente provisional Francisco I. Madero presentó a su gabinete, la primera sorpresa es que Venustiano Carranza, ex senador porfirista y casi desconocido para los hasta entonces soldados maderistas, es nombrado Secretario de Guerra, a la sorpresa sigue el resentimiento y más por supuesto entre quienes habían tenido mando de tropas, como Orozco.

Pero no solo era el nombramiento de Carranza, sino también el trato generoso al general derrotado en Ciudad Juárez: Juan J. Navarro. En cuanto terminó el combate, Madero lo escoltó a un lugar seguro para evitar algún atropello de los rebeldes contra su persona. Había por supuesto algunos motivos por parte de los rebeldes. Meses antes, en uno de los combates en la sierra de Chihuahua, en Cerro Prieto, los insurgentes se habían enfrentado a las tropas federales y habían sido derrotados, varios prisioneros cayeron en manos de Navarro, quien hizo quemar vivos a los rebeldes heridos, entre ellos a parientes directos de Orozco y de su suegro, Albino Frías.

El doce de mayo pasó en medio de una calma tensa en la ciudad, y el trece por la mañana, Madero recibió un telegrama:

1 (4 de abril de 1911). "Pascual Orozco no consintió en retratarse junto a Francisco Villa", *El País*: p. 1.

Yo y en nombre de todas las viudas y huérfanos de que fue causante el ex general Navarro por los asesinatos que se cometieron en Cerro Prieto, después de felicitar a usted por el glorioso triunfo de la toma de esa ciudad, en nombre de la justicia pedimos la gracia de que se mande a ésta al Sr. Navarro, [para que] presencie los tristes lamentos que por su causa existen en estos lugares. Protestamos a usted que será respetado y se le prodigarán las consideraciones debidas por la Patria. (Valadés, 1936)

Albino Frías

Madero se negó rotundamente. Había también motivos en Madero, ya que hasta ese momento el ejército mexicano había permanecido obediente al dictador, alejado de la negociación política, disciplinado, aceptando dócilmente los resultados de las negociaciones entre Madero y los porfiristas. Fusilar a uno de sus generales era provocarlos hacia una posición independiente.

Avanzaba la crisis al interior de Ciudad Juárez: los soldados no tienen qué comer, están nerviosos porque se rumora un licenciamiento inmediato y una promesa de pago a futuro. No pelearon por dinero, pero no quieren regresar peor de lo que salieron de sus casas.

Madero cita a los principales jefes revolucionarios a una reunión en la jefatura política, a espaldas de la Misión de Guadalupe, el trece de mayo. Resumo las versiones: Orozco acompañado por Villa y de diez hombres armados entró al salón, tomó la palabra y dirigiéndose a Madero le reprochó su poca atención a los problemas de la tropa y al asunto de Navarro por lo que le hizo tres demandas; la primera era que el general porfirista fuera juzgado como criminal de guerra; La segunda, que los miembros del gabinete provisional renunciaran y se nombraran nuevos ministros de entre los hombres que habían luchado efectivamente; la tercera demanda era que no les había pagado a la tropa, no tenían comida, no se les permitía tomar las cosas por la fuerza y por tanto, la desesperación estaba haciendo presa de ellos al grado que se amotinarían a menos que les solucionaran estos problemas.

Madero de inmediato se mostró inflexible ante el caso de Navarro, no hizo explicaciones; de la segunda petición dijo que como presidente provisional tenía el derecho de nombrar su gabinete, agregando que era una prerrogativa que en esos momentos no iba a poner a discusión mucho menos con amenazas físicas como Orozco lo estaba haciendo en ese momento; respecto al pago de las tropas estuvo de acuerdo y prometió hacerlo al día siguiente, pero que por lo pronto era indispensable calmar a la tropa.

Entonces Orozco le dijo que si no accedía a los dos primeros puntos se vería en la obligación de desconocerlo como jefe, a lo que Madero respondió a su vez que era él (Orozco) quien estaba destituido de todo cargo militar. El conflicto se agudizó con voces altaneras de uno y otro lado. De acuerdo con el reportero del *New York Times*, nuestro primer testigo,² Orozco apuntó con su revólver al pecho de Madero, lo arrestó y trató de forzar la renuncia del gabinete apoyado por Pancho Villa. En el relato del reportero Villa es el más violento contra Madero y tuvo que ser contenido por sus correligionarios, entre ellos Orozco.

De acuerdo con nuestro segundo testigo, Máximo Castillo (Vargas, 1991: 29-30) como testigo presencial que fue, menciona que llegó como a las 10 de la mañana con 10 hombres para relevar la guardia presidencial, cuando vio que Villa trataba de sacar a Madero del recinto jalándolo por un brazo y cuando fueron separados por la guardia de Castillo, éste empezó a gritar, ¡Fusilen a Villa!:

Villa corrió a su cuartel a traer más gente y el señor Madero se dirigió hacia donde estaba un automóvil. Observé que Orozco le seguía, diciéndole ¡Dése preso! Luego lo abracé con la mano izquierda mientras que con la otra le apuntaba a Orozco que nos seguía también con pistola en mano. Montó el señor Madero en el automóvil y Orozco montó por el lado del chofer, yo me quedé en el estribo sin quitar la vista de los movimientos de Orozco y ordené a los veinte hombres de la escolta que prepararan sus armas listos a los movimientos de Orozco... En cuanto el señor

2 (14 de mayo de 1911). "Orozco arrest Madero in row over cabinet". *New York Times*: p. 1.

Madero había subido al carro empezó a gritarle a la tropa ¿A quién obedecen ustedes a mí o a Orozco? Y respondían unos que a Orozco, otros que a él y otros que los dos, mientras Orozco y Madero seguían averiguando. Le decía Orozco dése por preso, es usted un hombre inútil, inservible, no es capaz de dar de comer a la gente ¿Cómo podrá ser presidente? Es usted un embustero, miente que sus hermanos han gastado su capital en la Revolución, no han gastado ni un sólo centavo.

Madero contestó que todo estaba arreglado, que en esos momentos todos tendrían para comer y vestir y le pedía a Orozco que le estrechara la mano a lo que al fin convino Orozco luego que mucha gente le pedía que estrechara la mano de Madero.

Otro de los testigos, el tercero, fue Marcelo Caraveo, también menciona que el lugar fue la jefatura política y que Villa fue el más agresivo, es Pascual Orozco el que lo calma:

Inmediatamente Pascual, en tono enérgico, le exigió el cumplimiento de su promesa del día anterior [de atender las solicitudes de los soldados], a lo cual Madero le contestó que a él no se le amenazaba, pues lo mandaría a fusilar. Pascual lo agarró de la solapa y lo estrujó, diciéndole que si con el fusilamiento iba a remediar la situación y que si eso merecía él. Nervioso, Madero trató de subirse a un automóvil donde se encontraba Abraham González, pero fue detenido por la escolta de Villa, quien cortó cartucho. Ante esta situación, Pascual ordenó a Villa que se calmara y bajaran los rifles. (Caraveo, 1992: 53)

En la versión del cuarto testigo, Juan Sánchez Azcona, las cosas son más precisas: la hora, nueve de la mañana:

El portal estaba resguardado por Juan Dozal y sus hombres. Nos abrimos paso entre la muchedumbre para llegar a ese lugar, y alguien nos dijo: «Pasa algo grave: el presidente y el general Orozco tienen una gran disputa».

Enseguida Sánchez Azcona describe la escena que se desarrollaba en el interior del local:

Orozco con el brazo izquierdo tenía enlazado a Madero, mientras que en su diestra mano empuñaba una pistola: Madero exclamaba «Yo soy el presidente» y Orozco rugía «Pero no sale usted, señor Madero, no sale usted...» don Abraham González y Gustavo Madero, éste también con pistola en mano, trataba de separar a Madero y Orozco; y así, forcejeando, Madero, completamente inerte, con la fuerza de sus músculos logró llegar hasta la puerta, la traspuso pasando frente a Dozal que permaneció atónito y salió hasta la calle que separa la jefatura del pequeño parque que en aquella plazoleta se encuentra, siempre asido por Orozco que pretendía impedir su salida. Nadie más que ellos dos pudieron salir... Todos nos precipitamos en seguimiento de Madero, pero el mayor Juan Dozal y sus hombres nos interceptaron el paso diciendo: «Nadie sale...» Oímos gritos de las tropas que aclamaban a Pascual Orozco... Previmos un inmediato desenlace funesto...

...se había hecho un gran silencio, y Madero, desde lo alto de un automóvil que allí estaba, arengaba las tropas presentes, cuyo número ascendía a más de cien hombres, casi todos de las fuerzas de Orozco.

... Tendía la mano a Orozco que estaba cerca de él, siempre con la pistola preparada. Orozco rehusó su mano. Quiso decir algo, pero no pudo, y sólo hizo ademán de ascender al automóvil, en gesto de aprehender a Madero. Intervinieron otros. Entonces Madero gritó: «Aquí estoy, matadme si queréis... O conmigo o con Orozco... ¿Quién es el presidente de la República?...»

El general Garibaldi gritó «¡Viva Madero!» y toda la tropa secundó el grito, que fue repetido muchas veces y durante algunos minutos... entretanto Villa se acercaba al coche y decía conmovido al Presidente Provisional: «Ajustéme usted señor Madero, castígueme, castígueme...» Y Madero que había recobrado su sonrisa habitual: «Qué te he de fusilar, si eres un bravo... Anda, calma a tus muchachos y prepáralos para seguir la lucha...». (Sánchez Azcona, 1960: 261-263)

Y posteriormente agrega: “Días después del motín, Villa nos decía a Pino Suárez, a Bonilla y a mí: «Cuando pienso en el mal que quise hacer al señor Madero, me siento el corazón entre dos piedras»”.

Sánchez Azcona evita hablar de la acción de Villa como lo hicieron tanto Caraveo como Castillo, sino simplemente al final agrega la escena del arrepentimiento de Villa como un acto inexplicable para el lector, pues hasta ese momento no lo mencionaba ni como participante ni como agresor, ni siquiera como presente en el suceso. El de Sánchez Azcona, como político profesional que era, agrega un elemento: supone un contubernio entre Orozco y uno de los enviados porfiristas a las pláticas de paz: Toribio Esquivel Obregón, con el propósito de derrocar a Madero del liderazgo revolucionario. Aparece la intriga personal como la explicación última.

Garibaldi, en su autobiografía señala un punto de vista muy personal, dice que Orozco y Villa demandaron el fusilamiento de Navarro debido a los asesinatos que éste había cometido en Cerro Gordo y “de recuperar el prestigio que habían perdido en la batalla de Juárez” debido al hecho accidental de que fuera él (Garibaldi) quien recibió la espada del general vencido, Navarro, y esto puso celosos tanto a Orozco como a Villa (Garibaldi, 1935: 296). Pero no da más detalles.

En 1960, otro de los testigos, Heliodoro Olea Arias, escribió sus memorias, en las que menciona que algunos comerciantes de Ciudad Juárez fueron a quejarse con don Abraham González porque Villa saqueaba sus tiendas y le solicitaban que pusiera un remedio a esos abusos. González llama a Villa y lo reprende duramente. Al salir Villa encuentra a Pascual Orozco y le comenta que fue reprimido injustamente ya “que tanto se exponían para encumbrarlos y luego no le agradecían”, entonces Orozco se lo lleva a su cuartel para continuar la charla. Según Olea, Orozco le ordena desde un día antes que coloque a su gente a las afueras de la Jefatura Política, seguramente en previsión de que Máximo Castillo con la suya oponga resistencia a frente a Orozco. Al día siguiente llega Orozco, le hace una indicación a Villa de entrar:

Comenzaron los alegatos acalorados dentro de la sala donde estaba tratándose de paz; Orozco entre otras cosas como el fusilamiento de Navarro comenzó a reclamarle al señor Madero que nomás se ocupaba de estar tratando de la paz y no hacía caso de la gente que le faltaba provisión; y el señor Madero le dijo que tenía un proveedor general don Guadalupe González con provisiones suficientes no solo para el ejército hasta para los menesterosos de Ciudad Juárez; y que si se había acabado la provisión, no era a él a quien debía ocurrir sino al proveedor general. Y de allí comenzaron los dichos, unos con otros, a grado que al gobernador don Abraham González le dieron un empujón que lo tiraron junto a la pared de la sala; nosotros afuera oímos el murmullo muy alarmante, tanto que le dimos orden a nuestra gente que prepararan las armas; la gente de Villa gritaba “Viva Pascual Orozco” y la de nosotros “Viva el presidente Madero”; al poco rato sale el presidente Madero y Raúl, su hermano, quien traía en mano su pistola escuadra, siguiéndolos la escolta de honor, subieron ellos al automóvil; en seguida sale el general Orozco con su pistola escuadra en la mano; pero cuando ve todas las armas de la escolta, de Raúl Madero y de nosotros, dirigidas a él, se pone cadavérico, tembloroso (sería de coraje), así subió al automóvil; y entonces el señor Madero le dice: ¿pero señor Orozco, por qué ha venido a cometer este atentado escandaloso en los momentos más sagrados para nuestra patria que se trata de arreglarse la paz? Y Orozco le contesta: porque soy el jefe de la revolución; y el señor Madero sonriéndole le dice: ¿Pero qué jefe de la revolución es usted? Yo la he hecho armada y políticamente, usted es mi soldado; traiga esa mano para arreglarnos, que pase esto como un sueño. (Olea, 1960)

Este es el último testigo.

Pero ¿qué dice Villa a todo esto? Es decir uno de los protagonistas porque Orozco nunca escribió nada sobre la revolución. En las Páginas Autobiográficas de Francisco Villa, es decir, las memorias que le dictó a Manuel Bauche Alcalde en 1914, se narra que Orozco buscó a Villa el

12 de mayo por la noche para decirle que Navarro debería ser ejecutado debido a que a su vez éste fusiló a familiares de revolucionarios, a lo que Villa accedió. Que al día siguiente, en el interior de la comandancia, Orozco se dirigió a Madero y después de conferenciar con él un momento, dio la orden a Villa de desarmar a la guardia presidencial:

Acababa yo de cumplir este compromiso, cuando salió precipitadamente el señor Madero, que al ver mi actitud, me gritó dolorosamente:

- ¡Cómo, Pancho! ¿Tú también estás en mi contra?

Yo no contesté, no hubiera podido contestar. Esperaba que Orozco, que era el iniciador del fusilamiento de Navarro, dictara las órdenes que yo habría acatado en seguida.

Pero tras del señor Madero vi salir a Orozco muy agitado y diciéndole:

- ¡No señor, vámonos entendiendo!

Ya no pude oír las palabras que se cruzaron por el murmullo que salía de toda la tropa, y sólo vi que terminaban dándose un abrazo.

Aquello me causó profunda sorpresa. O le había faltado a Orozco energía para llevar a cabo el fusilamiento, contra la resistencia del señor Madero, o el señor Madero había encontrado razones muy poderosas para convencer a Orozco de que Navarro no debía ser fusilado. Una u otra cosa, Orozco tendría que explicármela.

Armé nuevamente la guardia del señor Presidente, y sin decir una palabra me retiré a mi cuartel. Allí esperé inútilmente que Orozco se presentara para darme una explicación de lo sucedido. Ni él se presentó jamás, ni envió a llamarme. (Villa, 2004: 449-450)

La incógnita de Villa se despeja a los pocos días: y es que resulta que Villa se enteró por boca de los maderistas de la versión de que todo había sido un complot urdido por Orozco -y el enviado porfirista Esquivel Obregón-, para asesinar a Madero a manos de un bandido impulsivo (que en este caso resultaba Villa): y éste agrega en sus memorias: “y que al ver que yo desarmaba a su guardia me creyese (Madero) el único instigador del pretendido fusilamiento; y al reprocharme

mi proceder acremente, yo disparase contra el señor Madero en un momento de ceguedad y de locura” (Ibid: 451).

Siguiendo con la versión de Villa, Raúl Madero se lo encuentra un día y le reclama que no haya acudido ante el Presidente, “sabemos que usted es inocente” le dice, “Y sintiendo que una pena infinita nos desgarraba el alma, Raúl y yo nos abrazamos y nos pusimos a llorar como dos criaturas.” Villa acude ante Madero y arrepentido de los sucesos, le pide a que le conceda su baja del ejército revolucionario, lo que se le concede de inmediato y diez mil pesos como paga por licenciamiento.

La versión de Villa debió narrarla en enero de 1914, días después de la célebre batalla de Ojinaga, cuando despuntaba su fama y era evidente que sería en los años siguientes un personaje de importancia internacional. Según él, fue un poco violento con Madero, sí, pero se trataba de un hombre de buena fe caído en el engaño. Su llanto lo sincera con hombres como Raúl Madero -quien por cierto está con él en ese momento en la batalla de Ojinaga-, y otros. Para entonces ya han pasado dos años casi de la rebelión orozquista catalogada por los maderistas como una enorme traición y -es enero de 1914 recuérdese- Orozco ya lleva un año peleando al lado de Huerta. Esto es, las posteriores acciones de Orozco son las que confirman la buena fe original del ahora bandolero redimido.

Por su parte, el testimonio de Máximo Castillo es cercano al suceso en cuanto a la fecha de su escritura, pues luego de transitar por el maderismo, del cual fue ingratamente recompensado y sufrió una enorme decepción, fue orozquista entre 1912 y 1913 para sufrir otra decepción y ser satanizado por sus antiguos compañeros, y luego pasó a un zapatismo a distancia; Villa lo persiguió implacablemente entre 1913 y 1914 con el juramento de fusilarlo donde lo encontrara por ser orozquista, y por ende, traidor al maderismo. No le guarda pues, ninguna simpatía. Exilado en los Estados Unidos, donde se le negó la condición de asilo, Castillo -como nos dice su biógrafo Jesús Vargas- fue deportado a Cuba en 1915. Sus memorias fueron redactadas probablemente durante este último año, Madero no es aun el apóstol, el inmaculado. El retrato que hace Castillo de Madero es el de un líder, a secas.

Caraveo dictó sus memorias en los años cincuenta, después de su paso por el orozquismo, zapatismo y finalmente incorporarse en los años veinte a la revolución institucionalizada, sin conceder jamás frente a las versiones que denigraban a las facciones dentro de las cuales luchó y sus memorias aparecieron en una editorial privada. En sus recuerdos Orozco estruja a Madero, pero ordena bajar la mira de los rifles de los villistas. No inculpa a Villa, pero es Orozco el que le pide que calme a sus hombres.

La de Sánchez Azcona es la versión propiamente institucional, escrita probablemente a fines de los años veinte y reproducida por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana para las celebraciones del cincuentenario de la misma. A Madero, la rebelión de Orozco le produjo una enorme lesión anímica, lo llenó de resentimiento; con mucho, para los maderistas de entonces el destino trágico de su líder se debió principalmente a la rebelión orozquista, a la falta de paz pública en el norte que cegó las esperanzas de implantar las reformas prometidas. Así que para él es válido cambiar la actitud de los personajes en el recuento actual de los hechos: Orozco aparece como el violento frente a Madero mientras que Villa solo muestra arrepentimiento por su mera presencia en la insubordinación.

La lectura del suceso del trece de mayo en la versión de Sánchez Azcona, puede verse como un ejemplo de la posterior interpretación de la revolución mexicana: que el maderismo, como aspiración democrática encarnada por esa clase media ilustrada, fue poco comprendida en su momento entre las masas populares, pero la muerte de Madero la despierta en la conciencia popular y es posteriormente retomada, elevándolo a la categoría de apóstol frente al cual el pueblo aún le pide perdón, o en palabras de Villa: “¡ajusíleme, ... castígueme!”.

La presencia de Orozco nos daría otra lectura: la de un proceso revolucionario que tenía que negociar, conciliar los intereses entre las fracciones revolucionarias y que la violencia estalla cuando falla este proceso de negociación, como consecuencia de un equilibrio que no se alcanza (¡Usted no es capaz de dar de comer a la gente!). En los meses siguientes, hasta febrero de 1913, la inestabilidad será precisamente lo que caracterice al período maderista.

La de Olea Arias fue publicada póstumamente en 1960. Olea fue magonista en 1905 y pasó una buena temporada en San Juan de Ulúa, después fue maderista como se narra en esta parte y luego se retiró a la vida privada. La publicación de su texto fue con motivo de la solicitud de su hijo para que se les reconociera a ambos como ex combatientes de la revolución, una revolución en la que Villa despuntaba como un pilar.

Como puede leerse, los relatos de lo que sucedió ese día varían significativamente de un testigo a otro, sobre todo en cuanto al papel de Villa y su relación con Madero. Lo que queremos hacer notar es cómo los sucesos posteriores, sobre todo la rebelión orozquista y la muerte trágica de Madero influyeron en la manera en la que cada uno de ellos recordó la escena, y a partir de la escritura de estos recuerdos, tomados como memorias de testigos presenciales, se escribieron versiones diferentes, que a su vez se convirtieron en fuentes para los historiadores.

Las ausencias son notorias. Carranza, secretario de Guerra y presente en el suceso, debió permanecer aterrado contemplando la escena. No interviene, nunca describió la escena. El incidente sin embargo será decisivo a nuestro juicio para que en adelante nunca acepte a Villa como aliado, aún en las más difíciles circunstancias. Testigo presencial, sobreviviente, porque le sobrevive el rencor del trece de mayo, para siempre.

Bibliografía

- Bernal Díaz del Castillo. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (1632)*. México, Editorial Porrúa, 1960, p. XXXV.
- Caraveo, Marcelo. (1992). *Crónica de la Revolución 1910-1929*. (Presentación y notas de Pierre Bastian; introducción y cronología de Guillermo Porras Muñoz). México: Editorial Trillas. (Colección Linterna Mágica 19).
- Florescano, Enrique. (octubre- diciembre 2003). "Notas sobre las relaciones entre memoria y nación en la historiografía mexicana". *Historia Mexicana*: 391-416.
- Garibaldi, Giuseppe. (1935). *A Toast to Rebellion*. Indianapolis: The Bobbs-Merrill Company.
- Olea Arias, Heliodoro. (1960). *Apuntes históricos de la Revolución 1910-1911*. Chihuahua, México: s.p.i.
- Sánchez Azcona, Juan. (1960). *La etapa maderista de la Revolución*. (Prólogo de Salvador Azuela). México: INEHRM.
- Vargas Valdés, Jesús. (1991). *Máximo Castillo. El zapatista del norte*. Chihuahua: Meridiano 107 editores.
- Villa, Guadalupe y Rosa Helia Villa. (2004). *Pancho Villa. Retrato autobiográfico 1894-1914*. (Prólogo de Juan Ramón de la Fuente). México: UNAM- TAURUS.

Periódicos

- The New York Times*. Nueva York
- La Prensa, Diario Popular*. Los Ángeles, California.
- El País*. Ciudad de México.